

Conclusiones críticas sobre la identidad cultural

Pedro Gómez García

Crónicas Urbanas (Cuzco, Perú), 2006, año X, nº 11: 63-68.

Vivimos en una época en la que la tan manida globalización invade todas las esferas de nuestra vida, pero frente a este fenómeno, y como contrapunto al mismo, estamos asistiendo a una exaltación de lo que se conoce como cultura popular. En algunas sociedades, o mejor dicho, en ciertos grupos sociales, hay un ferviente culto a las idealizadas identidades étnicas o culturales. Hecho éste que me gustaría analizar a continuación.

No es mi intención restar importancia a los estudios minuciosos de las realidades socio-culturales, puesto que son estudios necesarios e insustituibles, como parte de la investigación del sistema social en su globalidad. Sin embargo, en este ensayo, me gustaría huir de los tópicos particularistas y etnicistas, apoyados en prejuicios y en la ceguera de una descripción idiográfica, con el fin de diseñar un marco teórico adecuado, desde el que poder conceptualizar e interpretar tales indagaciones etnológicas o antropológicas.

Algunos están haciendo una exaltación “intrahistórica” de lo que se designa como cultura popular (trasunto de la idea romántica del “espíritu del pueblo”), hasta el punto de hipostasiarla, para, como si fuera una consecuencia lógica, convertirla en fundamento de una “identidad” cultural, entendida luego en términos de “etnicidad” y supuestamente acreedora de fueros y privilegios, éstos sí, en el terreno de la historia política. Algo ante lo cual tengo que mostrar mi más profundo rechazo.

Ante planteamientos como estos, conviene exponer cuestionamientos radicales que afecten decisivamente al sentido de los análisis socioculturales, ya que tal vez con ello se consiga desenmascararlos. Las nociones de identidad cultural, de etnicidad y de etnia no son conceptos teóricos consistentes, con un valor objetivo, transcultural y nomotético. Lejos de ser conceptos científicos siquiera limitados, representan más bien ideas vaporosas y mitificaciones espurias.

Insisto en que no se trata de negar el hecho de las diferencias y particularidades socioculturales, que son patentes por doquier, sino de replantear el enfoque teórico desde el que las explicamos y comprendemos.

La objeción estriba en que esas nociones son, en el mejor de los casos, descriptivas, amparadas en la verosimilitud de ciertos fenómenos observables, pero sesgadamente observados, y a todas luces sin el alcance nomotético que toda ciencia requiere. Por el contrario, los hechos culturales deben ser comprendidos y explicados desde otro nivel, en el que los particularismos se remitan al concepto antropológico de cultura, a una teoría general de la cultura, en perspectiva evolutiva y sistémica.

Estoy convencido de que tiene efectos esclarecedores el tratar un paralelismo entre la idea de “identidad étnica” y la historia del concepto de raza, hoy científicamente obsoleto, pero que se utilizó desde el siglo XVIII hasta los años sesenta del siglo XX, con la pretensión de explicar las diferencias observables entre las distintas poblaciones de nuestra especie. El desarrollo de la genética de poblaciones terminó por disolver toda utilidad taxonómica de la idea de raza, haciendo que el mismo término fuera abandonado por la antropología física.

Así, actualmente, lo que las disciplinas de la antropología biológica estudian es 1) el genoma humano, común a toda especie homo sapiens, y 2) la diversidad o polimorfismos genéticos de la especie, distribuidos por las distintas poblaciones, mensurables en términos de perfiles estadísticos, variables a lo largo del tiempo. No existen prototipos fijos, o patrones raciales, que nos permitan clasificar a los individuos en tal o cual raza (pues, dotados de unos treinta mil genes, cada uno de ellos con una variabilidad que puede afectar a numerosos alelos, las coincidencias genéticas de un individuo con otros dependerán de qué conjuntos de rasgos, entre otros muchos miles, escogamos arbitrariamente para establecer la comparación). En resumen:

1. Todos los seres humanos pertenecemos a una sola y única especie, procedente de África, expandida por el Viejo Mundo hace 70.000 años, y en el Nuevo hace 40.000.
2. Todas las diferencias genéticas poblacionales son relativamente recientes, resultado de adaptaciones a las condiciones ecosistémicas y climáticas; de la deriva genética espontánea y la recombinación; y de mestizaje entre poblaciones. Nunca ha habido “razas puras”. (Las poblaciones llamadas “blancas” resultaron de mezclas entre poblaciones asiáticas y africanas – cfr. Cavalli-Sforza-.)
3. No es posible trazar fronteras genéticas netas entre unas poblaciones humanas y otras.
4. Las características genéticas dominantes en una población no se transmiten como un todo compacto, sino como rasgos sueltos, recombinables, que pueden pasar de una población a otras. (No hay ningún conjunto estable ni cerrado de rasgos raciales: no hay “razas” como prototipos permanentes.)
5. Toda la variabilidad genética de los individuos humanos pertenece a la riqueza del genoma humano, propio de la especie. Un individuo de una población puede compartir más rasgos genéticos con individuos de otras poblaciones que con otros individuos de la suya propia. La variabilidad genética intrapoblacional alcanza el 85% de los rasgos; mientras que la variabilidad entre una población y otra sólo alcanza el 15%.

Pues bien, si esto ocurre con la “identidad genética”, que está determinada y cerrada para cada individuo desde la formación del cigoto, ¿qué pensar de la “identidad cultural”, dado que los rasgos culturales evolucionan de manera mucho más rápida y que son modificables incluso durante el curso de la vida individual?

Donde antes he dicho “raza”, probemos a poner ahora “etnia”, “etnicidad” o “identidad cultural” y tal vez se clarifiquen algunas ideas.

¿Cuál es la entidad de esa identidad? Ninguna esencia originaria, ciertamente, sino una construcción histórica, vista puritanamente, en la que de hecho concluyen siempre elementos alógenos, que, por azar o necesidad, se articulan en una síntesis organizativa, cuya sistematicidad, por lo demás, no escapa jamás al devenir del tiempo. Como el genoma de la especie se reproduce a través de cada uno de sus individuos, así el espíritu humano – en el sentido de Lévi-Strauss – está presente intermediando en la generación de toda la diversidad y pluralidad de las culturas y civilizaciones particulares (a raíz de cuyo análisis se desvelan las estructuras universales del espíritu humano).

Por consiguiente, cabe afirmar que no hay cultura absolutamente originaria de ninguna población, considerada en su historia efectiva.

No hay ninguna cultura exclusiva o privativa de una población; la cultura es por naturaleza transmisible entre todos los miembros de la especie.

No hay ninguna vinculación necesaria entre una población y un territorio: todas las poblaciones han venido de otra parte en otro tiempo... Es la especie la que es ecuménica: llevó a cabo la diáspora continental. Las migraciones que llevaron a la diáspora llevan hoy al reencuentro. La diversidad producida y distribuida geográficamente tiende a reubicarse localmente, generando nuevos mestizajes... Tal vez se va pasando de una determinación territorial (*cuius regio eius religio*) a una creciente opcionalidad individual (puesto al alcance de cada uno escoger en buena medida su modo de vida, sus creencias...).

El peligro de los estudios de “identidad” o de “etnicidad” está en reificar la identidad y la etnicidad del pueblo, la “voluntad” de esencia”.

La verdad es que *el significado de la noción de identidad se presta a usos equívocos; resulta un término ambivalente y engañoso, porque sirve para designar tanto lo común o compartido (lo que es idéntico entre ambos términos de comparación o relación), como lo diferencial (se acaba llamando identitarios a los rasgos diferenciales, muy pocos, frente a los rasgos compartidos). Lo común en la especie (y por tanto entre todos los individuos) es siempre más y más importante que lo diferencial. De forma análoga, lo común en la cultura (y por tanto entre todas las sociedades humanas) es siempre más y más importante que lo diferencial.*

Todo perfil de identidad antropológico se forma, reforma y transforma en el tiempo. Si no hay una esencia biológica inmutable, menos aún la habrá en el sistema cultural. De ahí que *concebir la identidad bio-cultural como un inventario de características ínsitas, originarias, propias y permanentes de una sociedad no sea sino reinventar un mito nazi*. Toda identidad es estructuralmente temporal, contingente y transitoria. Toda cultura evoluciona en el tiempo.

En ocasiones se plantea la relación de la identidad con el territorio (delimitando una región geográfica), es decir, se busca un anclaje de una población en el espacio; pero tiene que ver mucho más con el tiempo, con el tiempo social e histórico. La relación con el territorio es extrínseca, forma parte del ecosistema, en el que necesariamente está incardinado el sistema socio- cultural.

Sin embargo, la relación con el tiempo es intrínseca a la cultura, acumulación irreversible de una historia. Al entrar en contacto, las culturas se vuelven contemporáneas. Aunque sus tiempos hayan recorrido caminos separados – desarrollos socioculturales diferenciados- ; al intercambiar entre sí, crean un tiempo compartido, más rico y complejo. Toda identidad social, grupal o individual es resultado de la historia de las irrupciones de otros, de la relación con otros, de la apropiación de rasgos bioculturales procedentes de otros sitios y otras épocas.

El enfoque de los que privilegian la “etnicidad” no difiere, en realidad, de los que propugnan una globalización homogeneizadora, salvo en la pretensión de imponer la propia particularidad a los demás. Los puritanos de la etnicidad lo que se proponen es salvar el “alma del pueblo”. Pero si ya es difícil delimitar lo que es un pueblo (al carecer de fundamento científico la idea de raza), pretender definir su alma – su inconfundible identidad espiritual, cultural, étnica, nacional – no parece otra cosa que ir a la caza de fantasmas. Sólo como fantasía, ilusión y mito captaremos esa “alma”. Pues no tiene existencia más allá de una observación de hechos mostrencamente empirista, y más acá de lo imaginario, como teatro de guiñol manejado por intereses frecuentemente sin identidad confesable. *Lo que se suele llamar identidad es casi siempre poco más que la máscara de unos intereses.*

El encerramiento de una pretendida “etnia” en su propia identidad impermeable (cosa en realidad imposible de lograr) conduciría, según la teoría evolucionista, a ponerse en camino para, a la larga, salir fuera de la humanidad como especie. El completo aislamiento reproductivo y la total incomunicación cultural, a largo plazo, llevaría evolutivamente a un proceso de especiación... Una “etnia” que se cerrara herméticamente en sí misma (rechazando todo intercambio genético y cultural para preservar su identidad) se estaría colocando al margen de la historia humana. A la inversa, el reconocimiento de la propia humanidad impone la apertura a los otros seres humanos y sus formas culturales y, por consiguiente, exige la relativización radical de toda idea de raza y de etnicidad, concebida como sistema esencial. Ninguna identidad determinada es esencial, ni originaria, ni superior, ni definitiva. Toda su realidad es hija del tiempo – de la evolución – y sigue sometida a las mutaciones y recombinaciones, a la selección natural y cultural.

Una inconsistencia más se desvela cuando caemos en la cuenta de que la inmensa mayoría de las semejanzas y diferencias pasan desapercibidas para los etnicistas; curiosamente no se les atribuye ningún valor identificatorio. Sólo unas cuantas son escogidas e investidas, arbitrariamente. En último extremo, no se excluye que la identidad diferencial se pueda afirmar entre dos grupos que sean hipotéticamente

idénticos en lo biológico y lo cultural, basándose en la simple constatación empírica de que uno no es el otro – como ocurre con los gemelos – (se trazaría una raya arbitraria entre ambos, o se introducirían camisetas de dos colores distintos para instaurar la diferencia “identificadora”). Lo cierto es que, en todos los planos, hay y se generan constantemente diferencias. Y la *pregunta clave* es qué hace que, en algunos casos, se seleccionen e instrumenten tales o cuales diferencias para configurar y acuñar “identidades”.

Las diferencias que se consignan como componentes de una identidad se tendrían por irrelevantes si no fuera por lo que sostiene su exhibición, generalmente ocultándose y enmascarándose tras ellas. Lo que está en juego indefectiblemente son relaciones de propiedad y relaciones de poder. Se clasifican diferencias para jerarquizar y dominar. Si se crearan condiciones para que todos los logros de la humanidad sean accesibles a todos los humanos, la defensa de la etnicidad cerrada sería cosa de imbéciles. La reificación o absolutización de una identidad generalmente contribuye a estorbar la accesibilidad de incontables logros humanos – prejuiciosamente tomados como extraños-.

Me sitúo en las antípodas de la defensa de un universalismo abstracto y homogeneizador. Una globalización homogeneizadora, en cuanto imposición de un particularismo opresor, etnocéntrico y tal vez etnocida, no debe confundirse con la verdadera universalidad humana. Nadie niega que los seres humanos necesitamos un útero cultural... una cultura materna, una comunidad concreta, cercana, cálida. Pero todas las variedades culturales son ya, si rastreamos su origen, de constitución mestiza, impuras e inestables, a la vez que son parte y expresión particular de la cultura humana. Y como tales deben investigarse.

Es una necesidad metodológica y también pragmática la articulación de lo local, lo regional y lo mundial. Pues se trata de pertenencias concéntricas... Todos tenemos múltiples identidades, que se envuelven unas a otras, que a veces se alternan, que se activan o se inhiben según las circunstancias o conforme a las propias opciones.

Como sostiene Lévi-Strauss, el progreso humano comporta siempre síntesis culturales, que presuponen siempre la permeabilidad interpoblacional e intercultural, la comunicación y la puesta en común. Esta interfecundidad antropológica demuestra que todas las *formas culturales* pertenecen a la misma *especie*, realizan fenoménicamente la cultura humana. Es erróneo considerar que cada sistema sociocultural o cada civilización constituye como una especie distinta. No puede equipararse con una especie, sino con “poblaciones” de una misma especie, en cuyo seno, además, lo verdaderamente real son las individualizaciones del mismo “genoma” cultural.

Lo mismo que toda la diversidad genética de las poblaciones humanas pertenece al patrimonio del mismo genoma humano, todo el pluralismo sociocultural pertenece a la especificidad de la cultura humana. Y lo mismo que la población de cada territorio está abierta al mestizaje genético, está aún más abierta al mestizaje cultural – mucho más

versátil y rápido que aquél-. Los flujos de intercambios demuestran la unidad como especie, tanto en el plano biológico como en el cultural.

Precisamente, el concebir todas las formas particulares como realización de la cultura humana es lo que les reconoce a todas su pertenencia a la plena humanidad. Mientras que la afirmación particularista de una “etnicidad” en sí misma pelagra confundir su particularidad cerrada con la “humanidad”, enfrentada a las otras formas, que resultarán extrañas y no se considerarán igualmente humanas. Es preciso reconocer antes las identidades más básicas, que son a la vez las más universales. Deberíamos considerar que somos antes humanos (miembros de la especie) que de tal pueblo (población de la especie, sociedad concreta); que somos antes miembros de una población que de una variedad cultural determinada (forma religiosa, lingüística, política, económica); que somos antes seres culturales que miembros de una civilización particular; y antes miembros de la tradición civilizadora a la que pertenecemos que de una “etnicidad” regional.

Si no nos reconocemos en primer lugar como seres humanos (antes que de tal variedad biocultural o socio cultural), difícilmente reconoceremos como humano al otro de otra cultura, a quien tampoco reconoceremos en primer lugar como ser humano, sino como un extraño cultural.

En fin, las fronteras regulan territorios, operan aperturas y cierres. La gran muralla china es una reliquia y el muro de Berlín cayó, pero persisten infinidad de barreras excesivamente cerradas, o excesivamente abiertas. El cierre es necesario para la preservación. La apertura es imprescindible para el progreso humano. Los humanos no tenemos raíces. No somos plantas, sino animales, mamíferos, primates, homínidos. Y como tales necesitamos sentirnos en nuestra casa y, a la vez, salir, estar con otros y curiosear e intercambiar, etc. Para esta existencia humana, los límites no son ya la tribu ni la nación: El planeta es nuestra casa, la especie nuestra familia, la cultura nuestra herencia histórica. Los territorios, las poblaciones, las formaciones socio-culturales hay que entenderlos como partes del todo, relacionando partes y todo sin reducir ningún polo al otro. La unidad de la humanidad emerge del diálogo entre la diversidad.

Las razones que la antropología ha tenido para delimitar *una cultura*, a saber, sus diferencias respecto a otras y la constitución de un sistema coherente, con un modo de subsistencia o producción propio, una organización social política, unas creencias rituales y saberes, son las mismas razones que hoy existen en un mundo unificado en la base tecnoeconómica y sin fronteras en la difusión de rasgos culturales, para negar la vigencia e incluso la posibilidad de identidades culturales autosuficientes y cerradas, y para afirmar la primacía del concepto de la cultura humana, en la que queda encuadrada toda la diversidad antroposocial. Cada vez, la diferenciación cultural se dará más entre los individuos que entre las poblaciones. El concepto de etnia/etnicidad ha perdido significación y carece de poder explicativo. La especie humana desarrolló las formas culturales como modo específico de adaptación y

evolución histórica. Y todos los logros culturales deben estar ahí, por derecho propio, a disposición de los individuos humanos y de su asociación / organización territorial y global.

Por lo demás, los grandes problemas actuales del mundo, que sólo podrán resolverse a nivel supranacional, ponen de manifiesto la existencia de unos intereses comunes a toda la humanidad, lo que abre paso al replanteamiento de la identidad humana, a la asunción de nuestra identidad terrestre y, algún día, a la instauración de la ciudadanía planetaria.

Toda diferencia puede ser causa de antagonismo, pero también puede contribuir a la complementariedad. Las inevitables tensiones y conflictos deben encontrar el marco adecuado para su comprensión teórica y para su resolución práctica y política. La alternativa oscila entre dos extremos opuestos: El unilateralismo particularista que pone en juego relaciones de dominio y subordinación jerárquica (que en última instancia desembocaría en el exterminio del otro diferente); o bien la apuesta por el entendimiento en términos de intercambio, diálogo, puesta en común y transacción en los problemas y fricciones (internacionales, étnicas, clasistas, sexuales, etc). Sólo esta última vía cumple las condiciones de la vida en común, que postula el reconocimiento del otro; aceptar la humana necesidad que todos tenemos de que los otros nos reconozcan, para ser nosotros mismos.

Con esta exposición, he pretendido avalar la tesis de que el interés por las manifestaciones más particulares, y hasta marginales, de la cultura es perfectamente compatible con los intereses generales de la razón que levanta el vuelo hacia la contemplación de lo universal, de la universalidad concreta que se configura históricamente. De ahí se impone la consecuencia de que las fantasmagorías identitarias han prescrito ante el tribunal de la teoría antropológica; aunque sea previsible que, por demasiadas latitudes, aún sigan agitándose en la impudicia de su desnudez científica, debido a la eficacia de sus tópicos para complacer el narcisismo social o nacional, y la venalidad de sus bardos ante el mejor postor político.